

confusion de los reyes, con gran pesar de los herejes, con gran aplauso de los fieles y con grande admiracion del mundo. Y si, por un designio impenetrable de Dios, este reinado de seis años de una princesa católica no hubiera sido seguido por el reinado de cuarenta y cuatro años de la feroz Isabel, entregada en cuerpo y alma á la herejía, es indudable que Inglaterra hubiera conservado el Catolicismo, restablecido por María, y esta ventura la hubiera debido al celo y al valor de una mujer. Es muy dudoso que ningun soberano haya emprendido una obra tan grande y tan difícil como la que esta reina emprendió y llevó á efecto en el término de seis años. Un soberano era, y de los más católicos, el rey Jacobo de Escocia, hijo de la reina mártir María Estuardo, á quien la horrible Isabel habia sacrificado, no tanto á su deseo de reinar cuanto á la ambicion de su supremacia religiosa y á su odio satánico al Catolicismo. Sin embargo, este príncipe, llamado al trono de Inglaterra, todavía húmedo con la sangre de su madre, hijo sin pudor, cristiano sin conciencia y rey tan cobarde como hipócrita y feroz, léjos de haber tenido el valor de restablecer el Catolicismo en su reino, lo persiguió de un modo tan brutal, que los desventurados católicos se vieron reducidos á desear, como dias venturosos, los dias sangrientos del reinado de la misma Isabel.

§ LX — Otros ejemplos del celo valeroso de la mujer católica en el combate contra el protestantismo. — Maria Estuardo, reina de Escocia, víctima de su celo. — Su martirio. — Hipocresía y crueldad de Isabel. — Las mujeres fueron las que salvaron el Catolicismo en Irlanda y en una gran parte de Alemania y de la Suiza. — Catalina, princesa de Polonia, consigue convertir al rey de Suecia, su esposo, y restablecer el Catolicismo en su reino.

La misma madre de este miserable, la reina María Estuardo, fué tambien una prueba del celo de la mujer católica de aquel tiempo por la destruccion de la herejía y el restablecimiento del Catolicismo. Estas eran las intenciones de la reina María de Escocia, y es indudable que las hubiera realizado, á ejemplo de la reina María de Inglaterra, si aquel monstruo coronado, aquel Neron con zagalejo, Isabel, le hubiera permitido reinar. Pero la Escocia, vuelta al Catolicismo, al lado de Inglaterra, que Isabel acababa de hacer protestante, no hubiera convenido á esta hija del crimen, y

por lo mismo el apóstol y el sosten del error; ésta hubiera sido una reprobacion permanente de su apostasia, que hubiera podido hacer dudoso su éxito. Así fué que, por medio de inmensas sumas de dinero que envió á Escocia, la hija adulterina de Enrique VIII corrompió á todos los grandes de aquel reino, á todos los ministros y consejeros de la reina, á toda su córte, y hasta su hermano, el obispo Murray, le suscitó obstáculos de toda especie, que le hicieron imposible el ejercicio de su autoridad, y urdió una terrible conspiracion contra sus derechos y contra su vida misma: de tal modo, que la desgraciada y confiada María se vió obligada á abandonar la Escocia y á aceptar el asilo que Isabel, causa de todos sus males, le habia ofrecido en Inglaterra, con la intencion pérfida de tenerla en su poder para sacrificarla. En efecto, apénas puso María los piés en Lóndres, cuando Isabel, bajo la infame calumnia de que su régia huésped habia conspirado contra su soberanía, la hizo prender y la tuvo en prisiones por espacio de veinte años, llenándola continuamente de insultos y de dolores; y despues de tan largo y horrible martirio, acabó por hacerla condenar á muerte por una comision de apóstatas, dignos magistrados de tal soberana. Es verdad que la conducta moral de la reina María no habia sido de todo punto irreprensible; pero sus manos estaban puras de toda sangre inocente, y siendo ella misma víctima de una atroz conspiracion, jamas habia conspirado contra nadie; y de todos modos ella expió suficientemente las faltas de su vida con el heroismo cristiano de su muerte. Ved aquí las principales circunstancias de ella:

Habiendo sido pronunciada la sentencia de muerte contra María, contra todas las leyes de la justicia y de la hospitalidad, Isabel, tan hipócrita como feroz, se puso á representar la más odiosa comedia con respecto á la sentencia. Con las lágrimas del dolor en el rostro, y la alegría en el corazon, manifestó á los reyes de Europa, que se dejaron engañar, su gran sentimiento por verse obligada á hacer morir una parienta tan próxima, y se quejaba ante sus propios súbditos de que no hubiese entre ellos ninguno que quisiese librarla de la terrible necesidad de manchar sus manos con la sangre de una reina. Y sin embargo, por orden de ella misma se habia anunciado á la ciudad de Lóndres la sentencia de María por un repique general que duró una hora; y sin embargo, ella misma



habia hecho que le dirigiese el Parlamento una peticion solicitando la pronta ejecucion de la sentenciada; y, en fin, en su propio nombre, su *digno* canceller, Bacon de Verulam, habia reprendido severamente, por una carta ministeral, á los dos carceleros de María por haber tardado tanto en *abreviar la vida* de su cautiva, despues de haber *jurado darle muerte, como miembros que eran de la asociacion protestante* (Lingard, tomo VIII). En efecto, la astuta mujer hubiera querido que alguno de sus dependientes, por medio de un asesinato, hubiese echado sobre sí toda la infamia del regicidio.

En cuanto á María, cuando le anunciaron que á las ocho de la mañana del dia siguiente le cortarian la cabeza, oyó esta horrible sentencia sin manifestar la más leve emocion y con una dignidad que llenó de admiracion y de ternura á los que estaban presentes. Ella hizo la señal de la cruz y dió los buenos dias á los que la rodeaban, diciéndoles: «Ya ha llegado al fin el dia que por tanto tiempo he deseado. Vedme aquí enferma despues de veinte años de prision. Yo no puedo, por consiguiente, terminar esta vida de una manera más feliz y más honrosa que derramando mi sangre por mi religion.» El Conde de Kent, renegado fanático, le dijo que renunciase á la supersticion papista y escuchase al predicador enviado por Isabel; pero María rechazó esta proposicion con horror y pidió por única gracia ser asistida por su capellan católico, lo que se le negó despiadadamente, y al ver á las personas de su servidumbre prorumpir en gemidos y en lágrimas, les impuso silencio, diciéndoles: «No es este momento de llorar, sino de alegraros. Dentro de pocas horas veréis el fin de mis penás. Mis enemigos pueden ahora decir lo que les parezca para hacer que se me crea culpable; el conde de Kent acaba de revelar el secreto: *mi religion es la única causa de mi muerte*; resignaos, pues, y dejadme que me entregue á mis devociones.»

Despues de una larga y fervorosa oracion, habiendo sido llamada á comer, no tomó casi nada; sólo bebió algunas gotas á la salud de todos sus domésticos, pidiéndoles perdon, si alguna vez les habia dicho ó hecho alguna cosa ofensiva; y los domésticos le pidieron á su vez de rodillas que les perdonase las faltas que hubiesen cometido en su servicio. Ella lo hizo de todo corazon, y concluyó exhortándoles á que permaneciesen firmes en la profesion de la fe católica. En seguida escribió su testamento y tres cartas: á su con-

fesor, al Duque de Guisa, su primo, y al Rey de Francia. Anteriormente habia escrito ya al arzobispo de San Andres, en Escocia, y al soberano pontífice San Pío V, para asegurarles que moria en la fe de la Iglesia. Retirándose despues á su gabinete con sus dos damas de honor, se puso á orar y á leer alternativamente, y á buscar su fuerza y su consuelo en la lectura de la pasion del Señor y de un sermon sobre la muerte del ladron arrepentido. Finalmente, ella aparentó querer reposar algunos instantes; pero se observó que no dormia, sino que sus labios estaban en un continuo movimiento y que su espíritu parecia que estaba absorto en la oracion.

Al apuntar el dia distribuyó sus vestidos entre las personas de su casa, se despidió de ellas, abrazando á las mujeres y dando su mano á besar á los hombres, y se entró en su oratorio. Habiendo llegado el oficial de justicia á las ocho, la Reina mártir se levantó, tomó el crucifijo del altar en la mano derecha y su libro de oraciones en la izquierda, y siguió á su verdugo. Ella llevaba una cruz de oro al cuello y dos rosarios en la cintura. Se prohibió á sus servidores que la siguiesen; ellos insistieron, pero la noble heroína les obligó á resignarse, y volviéndose á ellos les dió su bendicion, besando unos sus manos y otros su manto. La puerta se cerró sobre ellos, y la sala resonó con sus gritos de dolor (Lingard, *ibid*).

Cuando bajaba la escalera, se encontró al pié de ella á su antiguo servidor Melville, que, al verla en medio de sus verdugos, cayó de rodillas ante ella, torciéndose las manos, sin poder articular una palabra, tanto era su dolor. «Buen Melville, le dijo María con un acento tranquilo y afectuoso, tú tienes más motivo para alegrarte que para llorar. Las penas de María Estuardo van á terminar. Yo te suplico que digas á todo el mundo que muero fiel á mi religion, á la Escocia y á la Francia. ¡Ojalá perdone Dios, como yo los perdono, á los que han estado mucho tiempo há sedientos de mi sangre! Da mis recuerdos á mi hijo, y dile que yo no he hecho nada perjudicial á la dignidad ó á la independecia de su corona. ¡Oh, Dios! Vos sois el autor de la verdad y la verdad misma; Vos conocéis todos los secretos más íntimos de mi corazon, y sabeis que estoy inocente del delito de que se me acusa.» Ella pide entónces por última gracia, y obtiene con mucha dificultad, que seis de los suyos, cuatro hombres y dos mujeres, se hallen presentes á su muer-



te. Ella sufre con firmeza las miradas de los espectadores y la vista del cadalso, de la cuchilla y de los verdugos. Despues que le leyeron la sentencia, quiso arengar á los que se hallaban presentes; mas el inicuo predicador de Isabel la interrumpió, llenándola de imprecaciones y de ultrajes, é indicándole el infierno, dispuesto á tragarla si moria en la fe católica. Ella, sin alterarse, respondió estas únicas palabras: «Yo muero en la fe de mis padres.» Ella se puso á repetir en alta voz, en latin, largos pasajes de los salmos, y á pedir en inglés por la Iglesia de Jesucristo, perseguida en Inglaterra por Jacobo, su indigno hijo, y por Isabel, su verdugo. Ella protestó de nuevo con juramento su inocencia, diciendo: «Yo renuncio en presencia de Dios á toda esperanza de salvacion si he conspirado alguna vez contra la vida de la Reina, ó dado mi consentimiento ó mi consejo á alguno de los conspiradores;» y concluyó elevando el crucifijo y exclamando: «¡Así como tus brazos, oh Dios mio, fueron extendidos en la cruz, recíbeme en los de tu misericordia y perdóname mis pecados!» Vendándole entónces los ojos una de sus mujeres con un pañuelo que la Reina habia reservado para este uso, se puso María de rodillas, é inclinándose sobre el tajo, repitió muchas veces con una voz firme: «Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu.» El verdugo la hirió, entónces con el hacha, y el infame predicador del anglicanismo exclamó: «Así perezcan todos los enemigos de Isabel.» Un solo hombre respondió: Amen. Éste fué el bárbaro Conde de Kent. Los demas comisarios y todos los espectadores, aunque ingleses y protestantes, se deshacian en lágrimas (Lingard, *ibid.*; Sevelinges, *Historia de María Estuardo*).

Es, pues, evidente que María Estuardo, Reina de Escocia, sólo fué inmolada por ser católica, y que su verdadero crimen no fué otro que el haberla tenido por una de las reinas católicas que, en presencia de la frialdad de los soberanos católicos por la causa del Catolicismo, aun á costa de su corona y de su vida, quisieron restablecer esta religion. Mas si ella no pudo destruir el protestantismo durante su vida, lo cubrió de una eterna infamia, por la muerte que recibió de manos de él; y de su sangre derramada por el Catolicismo, así como de la sangre de tantos millares de mártires de la misma fe, renacerá un dia la Inglaterra católica. Pero esto no sucederá, lo repetimos, hasta que una gran mujer católica llame al

Catolicismo al trono de San Eduardo, del que lo arrojó la hidra (1) de una mujer protestante.

Como en Irlanda no habia reinas, la mujer católica del pueblo fué quien salvó la fe romana. En vano el protestantismo ha gravitado sobre ese heroico país con todo el peso de un poder astuto, poderoso y brutal; las mismas leyes draconianas, las mismas persecuciones bárbaras, las mismas atroces injusticias, las mismas crueldades, tomadas de los emperadores paganos, que consiguieron protestantizar la Inglaterra, aplicadas á la Irlanda en una escala mucho mayor y con un exceso de sagacidad satánica, de obstinacion y de ferocidad, han podido empobrecerla, ensagrentarla y atormentarla; mas no han podido arrancarle su catolicismo, que constituye su fuerza, su gloria y su ventura. Y ¿por qué el anglicanismo ha encontrado en Irlanda esa resistencia invencible que le ha hecho fracasar? Esto consiste en que, habiendo conservado la mujer irlandesa, con la pureza de costumbres, toda la fuerza y el santo entusiasmo de la fe, no se ha doblegado jamas ante el refinamiento de la tiranía sajona. Esto consiste en que la barbarie de los procónsules de la herejía, armada del hacha, de la argolla y del tormento, se ha encontrado impotente ante el valor sobrehumano de la mujer irlandesa, que prefiere siempre, como la madre de los

(1) En la persecucion que esta misma odiosa mujer hizo á los católicos por espacio de cuarenta y cuatro años, no se contentó con renovar todas las especies de tormentos de que los antiguos tiranos habian hecho uso contra los cristianos, sino que inventó otros nuevos. Ved aquí un ejemplo; entre mil, de aquel refinamiento de barbarie: Margarita Middleton, gran señora de York, tenia en su casa un sacerdote católico para maestro de sus hijos. Acusada por este *gran crimen* ante los tribunales, fué ejecutada, por orden de la papisa Isabel, de la manera siguiente: despues que ella hizo su última oracion, se mandó á los verdugos que le quitasen sus vestidos. Ella suplicó arrodillada, lo mismo que las cuatro mujeres que la acompañaban, que, por respeto al sexo de la Reina y por honor de la humanidad, no la desnudasen; pero no fué escuchada, y lo único que pudo obtener fué que sus mismas mujeres fuesen las que le quitasen los vestidos y le pusiesen la túnica de ignominia de los condenados. En seguida la hicieron tenderse en el suelo, la colocaron bajo las espaldas una piedra aguda del tamaño de un puño, la ataron las manos y los piés á unos pilares para que no pudiese moverse, colocaron sobre ella una puerta y sobre la puerta un enorme peso de ochocientas libras. Al verse aplastada de este modo la santa mártir, exclamó: «¡Jesus, Jesus, tened piedad de mí!» y pocos instantes despues espiró. Le habian quebrado las costillas de tal modo, que los huesos salian á traves de la piel (Lingard, t. VIII).



Macabeos, ver morir á sus hijos como mártires, á conservarlos siendo apóstatas de la verdadera religion; en ese país de fe siempre era la mujer la que, con peligro de su vida y de la vida de cuantos amaba en el mundo, ocultaba en su casa al sacerdote, á quien la herejía perseguía por todas partes como una bestia feroz, le alimentaba, á pesar de su pobreza, le alentaba con el ejemplo de su heroísmo y con los santos artificios de su celo, le proporcionaba el modo de ejercer sobre su rebaño perseguido la caridad del ministerio y el ministerio de la caridad. Al leer la historia de la persecucion del Catolicismo en esa isla de santos, se ve en ella á la mujer católica desplegando la misma grandeza de alma, el mismo valor y la misma abnegacion de todas las riquezas del tiempo, por la esperanza de la eternidad, que la mujer cristiana, en iguales circunstancias, desplegó en los primeros siglos del Cristianismo, suministrando nuevas páginas á la historia de las glórias de la Iglesia y nuevas pruebas de su divinidad. Por consiguiente, si el protestantismo anglicano, con todo el poder de un gran Imperio, no ha podido establecerse en Irlanda, ha sido porque jamas ha podido arraigarse en la familia irlandesa, por la guerra que le ha hecho la mujer (1).

(1) Para recompensar á la mujer irlandesa por el mérito de haber conservado con su heroísmo el Catolicismo en su patria, la ha elegido Dios para una importante mision, para la mision de propagar esta misma religion por todo el mundo. Ella era muy digna de esta recompensa. De los mártires se forman los apóstoles. ¡Oh, cuán admirable es la conducta que saca el bien del mismo mal! Dios ha permitido que el protestantismo inglés se haya ensangrentado tanto contra la Irlanda católica, y que la haya despojado de todo, hasta el extremo de verse obligada á ver expatriarse cada año un gran número de sus hijos para buscar en el extranjero el pan y el trabajo que se les niega en su suelo natal. Cerca de doscientos mil irlandeses, entre hombres, mujeres y niños, se ven obligados todos los años á cambiar su patria querida por los Estados-Unidos, por las Indias, por la Australia y por todas las islas diseminadas en la inmensidad del Oceano Pacifico, y establecerse allí. Pero, con su pobreza, llevan ellos á todos esos países el tesoro inefable del fervor de su fe y de la pureza de sus costumbres, y forman en ellos asociaciones católicas, que las emigraciones sucesivas hacen cada vez más numerosas. Ha sido necesario darles sacerdotes y obispos. Debe hacerse al Gobierno inglés la justicia de decir que provee con generosidad á la manutencion de esos sacerdotes y de esos obispos que cuidan de la emigracion irlandesa en esas colonias. Por causa de esas emigraciones, que, en la primera mitad de este siglo, han esparcido ya cerca de diez millones de católicos en esos países remotos, veinte y seis sillas episcopales se encuentran ya establecidas tan sólo en los Estados-Unidos;

Lo mismo ha sucedido en Suiza: si á pesar de la fuerza de sus armas y el terror de sus hogueras, el calvinismo, triunfante en la mayor parte de esa region, otras veces tan cristiana, ha fracasado en el resto de ella, consiste en que ha sido rechazado por una resistencia tenaz que le ha opuesto el celo indomable de las mujeres, más bien que por el valor de los hombres. Consiste en que los prodigios de valor, de abnegacion y de heroísmo de la mujer católica irlandesa han sido renovados por la mujer católica suiza, por la

y muchas provincias eclesiásticas, con sus metrópolis, se han formado ya en las Indias y en la Polinesia. Ved aquí, pues, en los nobles hijos de Irlanda un pueblo mártir convertido en un pueblo de misioneros, que lleva consigo el conocimiento de la verdadera religion de Jesucristo á los pueblos herejes, idólatras ó salvajes que lo rodean. Con este designio ha dispuesto Dios indudablemente que la heroica Irlanda no encuentre en esta tierra más que la miseria y el destierro por única recompensa de su fidelidad á la verdadera religion. Con este mismo designio permitió Dios en otro tiempo que el pueblo judío fuese subyugado por los príncipes extranjeros y llevado prisionero por toda el Asia; este pueblo esclavo llevaba por todas partes donde se establecía, en medio de las naciones idólatras, el conocimiento y el culto del Dios único, del verdadero Dios y de su Mesías, que habia de venir.

Pero el mérito y la gloria de esta grande mision que ejerce en todas partes la emigracion irlandesa recae sobre la mujer. Esos bellos hombres de Irlanda son todavía más bellos y más admirables por la obediencia á sus jefes, por su amor á la disciplina y al trabajo, y por su probidad á toda prueba, en el campo, en el taller ó en la campaña, porque son católicos fervorosos, y son católicos fervorosos porque sus madres han hecho que lo sean. Los periódicos ingleses están llenos en estos dias de cartas que los soldados irlandeses que pelean en la Crimea escriben á sus madres. Es imposible encontrar en otra parte sentimientos más nobles ni más afectuosos. En una de estas cartas se lee lo siguiente: «Madre, yo me hallo herido de gravedad, pero estoy contento. He cumplido con mi deber. Segun vos me habiais aconsejado, ántes de ir al combate me confesé y recibí la comunión, como para morir. Por eso me he batido como un leon. Acabo de recibir otra vez los Santos Sacramentos, y si viene la muerte, me hallo dispuesto para presentarme delante de Dios. Si vivo, iré á pelear de nuevo por la gloria de las armas de mi país. Todos mis compañeros católicos se hallan con las mismas disposiciones. Ellos se han acordado tambien de los consejos de sus buenas madres, y han comulgado conmigo. Madre, consolaos y consolad á las que tienen aquí sus hijos; todos nosotros somos lo que vosotras nos habeis hecho, católicos y amantes de Irlanda, nuestra patria.» Así es como la mujer católica irlandesa, por la sólida instruccion que da á sus hijos respecto á la religion, da héroes á su patria y misioneros á la Iglesia. ¡Oh, cuán grande, cuán magnífica y cuán gloriosa es la mision que ella ejerce en el silencio y en la oscuridad de sus cuidados domésticos, y cuán capaz es de indemnizar á su patria, esa tierra clásica de la fe y del heroísmo, de su largo martirio y de todos sus dolores!



misma santa causa y con el mismo resultado. De modo que, así como el establecimiento del protestantismo en Inglaterra y la conservación del Catolicismo en Irlanda han sido obra de las mujeres, de la misma manera, por causa de las mujeres, una parte de la Suiza ha permanecido católica y la otra se ha hecho protestante (1).

El mismo fenómeno histórico tuvo lugar en el mismo tiempo en Alemania. El celo de los eclesiásticos que se apresuraron á combatir la herejía luterana desde el momento en que apareció allí, y la piedad de los príncipes que permanecieron fieles al Catolicismo y que pusieron fuera de la ley al protestantismo en los países sujetos á su obediencia, contribuyeron mucho al sostenimiento de la fe de la Iglesia en Baviera, en Hannover, en Austria y en Hungría. Pero esos eclesiásticos y esos príncipes fueron animados é impulsados á la guerra que hicieron al protestantismo por el ejemplo de la firmeza de las mujeres y por sus inspiraciones; lo que impidió, por consiguiente, que se estableciese en esos países y que invadiese toda la Alemania, fué que las mujeres de esos diversos países no aceptaron la doctrina de Lutero, y que habiéndole cerrado la puerta de sus casas, y proscribiéndolo de sus familias, lo hicieron imposible en el Estado.

Suecia tuvo también su reina María en la persona de Catalina, hija de Segismundo Augusto, Rey de Polonia, y casada con Juan, Duque de Finlandia, en 1562. Poco tiempo después de este matrimonio, el furioso calvinista Enrico XIV, que ocupaba el trono de Suecia, puso en prisión en el castillo de Griasholm al duque Juan, su hermano, y Catalina se obstinó en participar de la suerte de su desventurado esposo, encerrándose en la misma prisión que él; pero, siendo una esposa verdaderamente católica, al prodigarle todos los cuidados de la más heroica abnegación se apresuró á

(1) Los indígenas convertidos entran en corto número en la formación de tantas cristiandades florecientes como surgen en la actualidad, como por encanto, en las partes del mundo más remotas, en medio de la superstición y de la barbarie. Ellas se componen, en su gran mayoría, de los católicos, no sólo de Irlanda, sino también de Alemania y de Suiza, á quienes la injusticia y la intolerancia de esos países obligan á abandonar la Europa para buscar en otra parte el pan y conservar su fe. Así, pues, en todo cuanto hemos dicho de la misión que ejerce la mujer católica de Irlanda, de propagar y establecer el Catolicismo por todo el mundo, nos referimos igualmente á la mujer católica alemana y suiza.

salvar su alma. El Duque de Finlandia había sido educado en la doctrina de Lutero. Sin embargo, la firmeza, el valor, las muestras de afecto, los encantos de la dulzura, y sobre todo, la fe incontrastable y la elevada piedad de su admirable esposa hicieron en él tal impresión, que quiso hacerse católico. Catalina había llevado consigo á Suecia algunos eclesiásticos polacos, animados de su mismo celo por la verdadera fe. Llena de un santo gozo al ver las disposiciones de su esposo querido, lo confió á ellos para que le acabasen de instruir y le reconciasen con la Iglesia; y ellos acabaron también la importante conquista que el celo de una mujer había comenzado, que cuando presentaban á Juan las obras de Lutero, las rechazaba diciendo: «Eso es estiércol (*stercora sunt*); yo no las quiero ya.» Habiendo llegado después Catalina á ser reina de Suecia, por sí misma renovó allí los prodigios que la Reina María había obrado en Inglaterra para restablecer el Catolicismo. Ella solicitó y alcanzó que el Papa le enviase por nuncio, para que le ayudase en su grande empresa, al célebre P. Possevin, de la Compañía de Jesús, tan gran político como consumado teólogo, y el mayor enemigo del paganismo literario de su tiempo (1). Por el cuidado de la santa reina, el representante de la cabeza de la Iglesia fué recibido con los más grandes honores en un reino tan enemigo poco antes de la Iglesia, y por su actividad y su celo, la obra milagrosa de la vuelta de Suecia extraviada al redil de San Pedro, fué consumada casi al mismo tiempo de principiarse, con muchas alabanzas y bendiciones que le dirigió la Santa Sede. Pero á Catalina de Suecia, lo mismo que á María de Inglaterra, sólo le faltó el tiempo (habiéndola arrebatado la muerte demasiado pronto) y un sucesor digno de ella para afirmar la verdadera fe en Suecia, lo cual hubiera evitado la guerra de treinta años á Alemania y á Polonia, y tantas desgracias á la Europa (*Theiner, La Suède et la Sainte-Siège, etc.*, Paris, 1842).

(1) Véase en la obra *Du Catholicisme dans l'éducation* (Paris, 1842) su célebre discurso á la república de Luca, en el que el gran orador ha condenado, con el celo y la elocuencia de un Crisóstomo, la ligereza y el escándalo de educar á los jóvenes cristianos con los autores paganos.